



Información de Base

1. Información sobre la información

Orígenes de la estadística regionalizada (*)

Luis Carreño Piera

Se entiende por estadísticas regionalizadas aquellas que permiten adquirir conocimientos sobre la estructura espacial de la economía y de los fenómenos sociales en varias unidades territoriales significativas (1).

La determinación de los orígenes de este sector de la información de base —en el que se hallan integradas las estadísticas urbanas— ofrece gran dificultad, dada la pluralidad de procesos que convergen en su elaboración y estructuración. Un primer problema se plantea a partir de la heterogénea estructura político-constitucional de los Estados, que incide en forma muy dispar en el ámbito de la información estadística de base. Por otra parte, la imprecisión defintoria, la falta de unidad de criterios en torno al contenido, objeto y ámbito de la estadística regionalizada han contribuido en gran medida a que la literatura sobre este tema sea singularmente escasa. De ahí la prevención con la que deben acogerse excesivas generalizaciones en este campo.

Una de las temáticas que es necesario abordar desde un principio es la de la distinción entre estadísticas ocasionales y estadísticas institucionalizadas. Sería como mínimo aventurado hablar del origen de las estadísticas regionalizadas con base al censo de población de la ciudad de Florencia en 1380, para citar uno de los posibles ejemplos. Jorge Nadal, en su crítica histórica de las fuentes de datos de población en

España, señala que pese a que los antecedentes se remontan al llamado «Censo de Quintanilla» de 1492, sólo con el censo de 1857 —primero por inscripción nominal y directa— cabe hablar del «comienzo de la era plenamente estadística» (2). Si aceptamos el primer censo de población como indicador suficiente de la existencia de estadísticas institucionalizadas, veremos cómo los antecedentes no se remontan más allá del siglo XVIII. Los primeros censos tuvieron lugar en Finlandia en 1749, en Suecia en 1750, en Noruega y Dinamarca en 1769, en Estados Unidos en 1790, en 1801 en Francia e Inglaterra, 1810 Prusia, 1820 Países Bajos, etc.

Por otra parte, la aparición regular de estadísticas regionalizadas se encuentra estrechamente vinculada a la constitución de órganos del Estado, a los que se encomienda la elaboración de estadísticas de todo orden y la coordinación de todas las iniciativas que se desarrollan en este campo dentro del territorio nacional. Los Centros o Institutos de Estadística se van constituyendo en distintos países a lo largo del siglo XIX como consecuencia —en parte— de la necesidad de crear un personal administrativo especializado en la ejecución de las operaciones censales y en la explotación de los datos que a través de las mismas se obtienen. A partir del momento de creación de estos organismos especializados, aparece con mayor o menor asiduidad información de base regionalizada, si bien ésta se limita a proporcionar datos dentro del marco definido por las circunscripciones político-administrativas al uso, sin plantearse la cuestión de la validez

u operatividad de los datos referidos a estos ámbitos espaciales (3).

Las estadísticas urbanas —uno de los tipos de estadística regionalizada que ha alcanzado mayor desarrollo— fueron estructurándose también como actividad institucionalizada a lo largo del siglo XIX. En 1862 se creaban Centros Municipales de Estadística en Berlín, Viena y Roma, en 1865 en Frankfurt del Meno, 1866 Hamburgo, Nueva York y Riga, 1867 Leipzig, 1868 Estocolmo, 1869 Budapest, 1871 Altona y Lübeck, 1873 Breslau y Chemnitz, 1874 Dresden, 1875 Munich y 1879 París (4). A finales del siglo XIX y principios del XX en la mayoría de las grandes ciudades de los países industrializados se habían constituido centros de esta índole. La tendencia de los municipios a crear Centros de estadística propios se vería frenada en algunos países por el excesivo centralismo de la estadística del Estado.

A nivel de las estadísticas urbanas, la necesidad de definir los límites de las aglomeraciones con

(3) En sentido estricto, la unidad espacial seleccionada debe serlo con criterios operativos con relación a la finalidad informativa que se persigue: descripción de la estructura espacial de los fenómenos económicos y sociales. Las sub-unidades territoriales de las que poseemos información en los comienzos de la «era estadística» son circunscripciones administrativas definidas con base a un modelo político-constitucional: los departamentos franceses, los Estados federados americanos, etc. Con frecuencia, estas sub-unidades territoriales son significativas sólo en forma parcial y satisfacen precariamente las exigencias de la investigación regional y urbana. Esta situación ha perdurado en gran parte hasta nuestros días.

(4) Bernhard Mewes, «Die Organisation des statistischen Dienstes in den europäischen Großstädten», Actas de la 30 sesión del Instituto Internacional de Estadística de La Haya, 1957.

(*) Véase «Déficit de estadísticas regionalizadas», L. Carreño y otros, Servicio de Estudios del Banco Urquijo, noviembre 1967, documento cyclostilado de 49 páginas.

(1) Wincenty Kawalec, «The problems of regional statistics», Conf. Eur. Stats/236, 13 sept. 1966 (distribución restringida).

(2) Jorge Nadal, «La población española en los siglos XVI a XX», 1966, pág. 26.

criterios científicos —en contraposición a la casuística administrativa— se dejaría sentir ya a fines del siglo XIX. En el Congreso de San Petersburgo de 1872 Ernst Engel proponía la creación de un anuario estadístico internacional de grandes ciudades. Joseph Korösy, Director del Centro Municipal de Estadística de Budapest asumiría la responsabilidad de su elaboración. En 1876 aparecería el primer volumen con datos relativos a matrimonios, nacimientos, mortalidad y causas de defunción en 38 ciudades (5). En el seno del Instituto Internacional de Estadística la discusión del problema de la comparabilidad de las estadísticas urbanas se mostraría, a largo plazo, fecunda para el desarrollo de la estadística regionalizada. Naturalmente, el paso de la información de base regionalizada «administrativa» a la «científica» —caracterizada esta última por una selección y delimitación metódica de los límites de la unidad territorial— sería resultado de múltiples factores.

Paralelamente, a todo lo largo del siglo XX, se están echando los cimientos sobre los que se asentarían en el siglo XX una pluralidad de disciplinas interesadas en la distribución espacial de los fenómenos sociales.

El matemático belga Quetelet —que publicaría su gran obra «Sur l'homme et le développement de ses facultés ou essai de physique sociale» en 1835, más que influir en el desarrollo de la metodología estadística, cuyos inicios coherentes se encuentran en las investigaciones biológicas de F. Galton, K. Pearson y R. A. Fisher, ejercería una gran influencia en el campo de la investigación de los hechos morales. Sobre la crítica de la teoría del «hombre medio» de Quetelet,

Emile Durkheim desarrollaría a partir de 1895 la morfología social que tendría brillantes continuadores en Marcel Mauss y Maurice Halwachs. La preocupación por los fenómenos de distribución espacial se manifestaría ya en pleno siglo XIX en numerosos campos. Gerry de Champneuf, Director de Asuntos Criminales en el Ministerio de Justicia francés de 1821 a 1835, conseguía reunir un valioso material estadístico sobre los delitos contra la propiedad y las personas para el período 1825-1830. En su estudio titulado «Statistique morale de la France», Champneuf analiza la distribución espacial de los índices de criminalidad en los 86 departamentos franceses, estableciendo asimismo una división de Francia en cinco regiones (6). En Inglaterra, Henry Mayhew, en su gran obra «London labour and the London poor» —editada en versión completa en 1864— analiza las áreas de delincuencia de 36 distritos de Londres y de los condados de Inglaterra y País de Gales con base a un rico material estadístico. En esta etapa, la acumulación de datos estadísticos regionalizados se realiza, con gran esfuerzo, por parte de los propios investigadores interesados en recabar una base empírica sólida para el desarrollo de sus teorías. Dentro de esta línea es preciso citar la aportación de Ildelfonso Cerdá al conocimiento de los fenómenos urbanos. En su dimensión informativa en su «Teoría de la urbanización y aplicaciones de sus principios a la reforma y ensanche de Barcelona» (Madrid, 1867).

Los ejemplos podrían multiplicarse. No se trata aquí de hacer una relación exhaustiva ni tan sólo sistemática de precedentes. Sólo nos interesa destacar que el interés por

la distribución espacial de los fenómenos sociales iría tomando cuerpo a finales del siglo XIX para dar paso a una proliferación de investigaciones y teorías en las primeras décadas del siglo XX. La Ecología Humana —alumbrando nuevas fuentes y apoyándose en parte en información estadística ya existente— alcanza un desarrollo espectacular en Estados Unidos en las primeras décadas de siglo (Park, Burgess, McKenzie, etc.). La palabra «urbanismo» se acuña en 1910 el mismo año en que tendría lugar el Congreso de Londres que reuniría a los grandes pioneros de la ciencia de la ciudad: Stübben, Patrick Geddes, E. Howard, etc. (7). La geografía urbana se estructura ya como disciplina sistemática entre 1895 y 1910 con las aportaciones de O. Schlüter y K. Hassert (8).

La acumulación sistemática de estadísticas regionalizadas originaría una auténtica mutación de técnicas instrumentales: de un conocimiento más profundo de los fenómenos territoriales surgiría una transformación gradual de las técnicas de planificación urbana. Las conclusiones de McKenzie en su artículo «The Rise of Metropolitan Communities» (1933) (9) se apoyaban ya en una importante base estadística.

La investigación histórica sobre la evolución y desarrollo de las estadísticas regionalizadas deberá aportar una explicación sobre los procesos de reciprocidad y de influencia mutua entre ritmo de crecimiento de la información de base regionalizada, desarrollo teórico y aplicado de la Ciencia Regional y de la Urbanística, e incremento de la práctica planificadora de la Administración a nivel de las distintas unidades espaciales.

2. Documento

Los registros automatizados de edificios, viviendas y locales y la planificación urbanística

José M. Vegara

1. Las necesidades de información para la planificación urbanística

La intervención consciente en el proceso de urbanización ha generado unas necesidades crecientes de información especializada, como un elemento esencial para la planificación y la toma de decisiones; dichas necesidades no se hallan cubiertas por el sistema de información estadística vigente más que en un grado mínimo; un síntoma muy claro de esta situación lo cons-

tituye la cuantía de los presupuestos que en los planes de urbanismo se destinan a la recogida y elaboración de la información.

Esta situación no puede sorprender, dado que una característica común de la información necesaria para la planificación urbanística consiste en que exige una localización detallada, a un nivel muy superior al preciso para la elaboración de las estadísticas corrientes, las cuales, generalmente, no superan el nivel provincial o, a lo sumo, municipal. Para la planificación urbanística, por el contrario, la localización espacial detallada de los fenómenos constituye un dato esencial por razones obvias.

La información referente a los edificios, viviendas y locales constituye uno de los ejes de todo sistema de información urbana; constituye la base de la información sobre el uso del suelo, los tipos de asentamiento de la población, los equipamientos colectivos, la localización de la industria y los servicios, la evolución de la edificación, etc., aspectos todos ellos de gran importancia para la planificación urbanística, tanto en su vertiente de planes generales y sectoriales como de remodelación.

(7) Gastón Bardet, «L'urbanisme», Barcelona, 1964.

(8) Georges Chabot, «Les villes», París, 1958.

(9) En «Cities and Society», Paul K. Hatt y Albert J. Reiss, The Free Press, 1959.

(5) Henri Bunle, «La statistique Internationale des grandes villes», Actas de la 30 sesión del I. I. E.

(6) M. C. Elmer, «Century-Old Ecological studies in France» en The American Journal of Sociology, XXXIX, julio 1933.